

El caballero de Arizona

por
HOOT GIBSON



BIBLIOTECA TREBOL

N.º 45

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

ARIZONA SWEEPSTAKES
1926

El Caballero de Arizona

Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el célebre artista

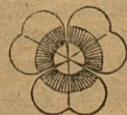
HOOT GIBSON

por

ARISTIDES DESMONT

Exclusiva

HISPANO AMERICAN FILM, S. A. E.
Calle Valencia, núm. 233 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA
SIE. RICHARD HUBERT, EDITOR
DE ARMANDO BASTIEN, EDITOR

EL CABALLERO DE ARIZONA

El barrio chino de San Francisco de California era un pedazo del lejano Oriente incrustado en la ciudad ultramoderna, que aún conservaba como un eco de leyenda y de misterio, muy bien explotado por ciertas agencias de turismo. Pero en el dédalo de sus callejuelas sombrías (calles de vicio y de pecado) no pululaba solamente una población de rostro amarillo y ojos oblicuos de mirar estúpido, ni todo era crimen, ni misterio de leyenda...

Por el contrario, la población más heterogénea circulaba por sus tortuosas vías, compuesta en parte por los que habían hecho del barrio chino y de sus tradiciones un pingüe medio de vida, y en parte por las gentes que acudían de los puntos más remotos deseosas de admirar aquel exótico rincón.

De entre los que se dedicaban a explotar la curiosidad y la credulidad del forastero, actuando como cicerones, se distinguía Jimmy Mac Donald, a quien no había quien igualase en el arte de organizar excursiones a estos barrios bajos... pero a precios caros.

Todos los días, a la llegada de los distintos autobuses que conducían a los turistas de las más diversas procedencias, les pronunciaba igual discurso :

— ¿Ven ustedes esa puertecita de la derecha, que parece cosa tan sencilla y natural? — les decía. — ¡Pues sabe Dios los horrores que se esconden tras ella! ¡Ahí fué donde no ha mucho!...

Y a continuación les colocaba la historia horripilante de un crimen monstruoso o la dorada leyenda de una aventura de amor, según el sexo, la índole y hasta el número de los oyentes.

Pues bien ; entre los forasteros que un buen día visitaban el barrio chino de la ciudad de San Francisco, al que acababa de llegar en la imperial de un ómnibus automóvil, figuraba Larry Cadigan, un vaquero que allá, en un rancho de Arizona, había entrevisto muchas veces la gran urbe, pero ahora que la tenía ante sus ojos apenas si daba crédito a cuanto contemplaba maravillado.

El autobús se paraba de cuando en cuando para dar lugar a que el locuaz cicerone asombrase al concurso de extraños con su erudición y su elocuencia.

— ¡Esa es, señores — dijo señalando a una china que por allí pasaba — la emperatriz del barrio chino! ¡La famosa Lulú-Sulú! ¡La que hechiza a sus súbditos y los engaña como a chinos!

En esto un gran tumulto llamó la atención de los ocupantes del carro ; era que dos hombres, uno diminuto y otro fuerte, al parecer, pero por lo menos corpulento, se pegaban con saña fiera, sin que nadie les fuese a la mano.

La pelea, que parecía deleitar a cuantos la contemplaban, no hubiese tenido fin, ya que nadie pretendía separar a los contendientes, si Larry Cadigan, erigiéndose en nuevo caballero andante, desfacedor de entuertos, no hubiese salvado de un salto la distancia que le separaba de los dos hombres, rivales según todas las apariencias, y hubiese mediado esgrimiendo por todo argumento sus contendientes puños, mientras decía, lleno de indignación :

— ¡Por vida de...! ¿Cómo consienten que un grandullón así le pegue a un renacuajo?

El renacuajo a que se había referido Larry era «Lentejilla», un producto típico del barrio, para quien la vida se reducía a una sucesión de «descuidos» de los demás, que él aprovechaba, y de quincenas con las que se castigaban, por las autoridades, esos aprovechamientos.

Larry Cadigan, compadecido del pequeño, dirigió sus golpes desde un principio contra su rival, que depuso su actitud belicosa ante tales razones, reflejando en su semblante más asombro que indignación, mientras «Lentejilla» salía huyendo y tras él el propio

vaquero, deseoso, sin duda, de completar su humanitaria obra.

No costó poco trabajo a Larry alcanzar al rapaz que corría y corría huyendo, no de nadie más que de él, y una vez que lo hubo logrado le dijo entre otras cosas, para alentarlo, pues le suponía temeroso y acobardado:

— No tengas miedo, pequeño... Yo te acompañaré a tu rancho.

Pero aun no conocemos al grandullón que con «Lentejilla» se pegaba. Llamábase a su vez Tom Michigán, si bien todos le conocían por «El bigotes», y no era, ni mucho menos, la primera vez que se peleaba con «Lentejilla», pero nunca le había ocurrido que saliera un «espontáneo» y le diera lo suyo, «el baño», como él decía en aquel momento para sus adentros.

En tanto Larry continuaba infundiendo alientos, que para nada necesitaba, toda vez que no había perdido los que pudiera poseer, al que él creía un chaval o poco más.

— ¡No tienes por qué correr! ¿No estoy yo aquí para defenderte?

Así, andando y hablando llegaron a la puerta de un café de no muy buen aspecto, dentro del cual y rodeado de varios otros sujetos, Larry alcanzó a ver al grandullón de antes, al contendiente de su acompañante, tan duramente castigado por él.

— ¡Mira! — dijo a «Lentejilla»: — Ahí



¡Todo paripé... grilla... jónjana!

está ese cobardón... ¡Vas a ver cómo le pongo las narices!

Y uniendo la acción a la palabra, se lió de nuevo a porrazos con el desconocido.

— ¡Eh, forastero! — exclamó éste tratando de esquivar los puñetazos. — ¡Que esa pelea era de «pega»!

— ¡Sí, hombre, sí! — añadió uno de los allí presentes para calmar la acometividad del vaquero. — ¡Todo paripé... grilla... jónjana!... ¿o es que no entiende usted el cristiano?

Larry le oía con la boca abierta.

— ¡Naturaca! — arguyó un tercero. — ¡Lo que el amigo quiere decir es que esa pelea era una « metáfora »... un camelo! ¿estamos?

Entre unos y otros lograron al fin que el forastero hiciese alto, aunque sin acabar de enterarse de lo que le decían, en el persuasivo batir de sus brazos, y entonces, cuando le vieron más calmado, le hablaron ya con mayor claridad.

— ¡Está usted en la higuera, amigo! — le dijo « El bigotes ». — Cada vez que pasa el autobús de la agencia organizamos una de estas peleas de mentirijillas para dársele con queso a los turistas crédulos, como usted, a fin de que el barrio chino no pierda la fama de que goza, ni ninguno de sus encantos.

Cuando se hallaban en estas explicaciones llegó al cafetín Jimmy Mac Donald, el cicerone famoso, quien encarándose con « El bigotes » y sin parar mientes en la presencia del forastero, le dijo :

— ¡Ha sido, la de hoy, la mejor pelea que ha organizado vuestra banda! Prepararos para representar otra comedia igual en el próximo viaje del ómnibus.

Mas como alguien le advirtiese que estaba allí el verdadero autor del interesante espectáculo de hacia unos instantes, el cicerone se dirigió a él para felicitarle y hacerle una proposición : la de que quedase para seguir actuando en la forma que lo había hecho mo-

mentos antes, aunque sin tirar a hacer pupa, como entonces ; es decir, de pugilista « full ».

— Nuestra casa le pagará diez dólares por noche — le dijo — si quiere usted seguir haciendo el papel de caballero andante, como le ha hecho hoy. ¿Qué?... ¿Acepta?

Y como si Larry, que nada dijo, hubiese dicho que sí, Jimmy, percatado de que era un infeliz sin voluntad propia, le condujo a las oficinas de « El Globo », Agencia de Turismo, donde acabaron de embauclarle, decidiéndole a aceptar.

— ¡Conformes! — acabó por decir Larry. — Pero dentro de un mes tengo que estar de regreso en Arizona para tomar parte en una carrera de caballos...

Y así, quien, como él, fué al barrio chino en calidad de curioso, halló un empleo bastante bien retribuido, comenzando acto seguido su actuación con motivo del siguiente viaje del autobús.

* * *

Unos días después era uno de tantos en el « cuartel general » de la banda de « El bigotes », a la que había quedado incorporado.

Allí, conviviendo con aquella gente, tuvo ocasión de irlos conociendo a fondo. « El bigotes » era un pequeño déspota que los trataba a todos, menos a él, escarmientado sin duda por el recuerdo de su primer encuentro, con la punta del pie.

Larry, haciéndose el dormido, escuchaba. «El bigotes» despachaba de mala manera a los que acudían al «cuartel general» en busca del necesario descanso, pero con pocos recursos para pagar la cama.

— En esta casa las camas cuestan a cuarenta centavos la hora... con o sin palos —les decía. — Con que jaire! A tumbaros gratis al Asilo.

— Como te iba contando — prosiguió luego, reanudando una interrumpida conversación, — empecé a tiros con aquella gente, y hasta que no despaché a tres o cuatro no se formalizó la cosa.

Todo esto lo oía Larry y no le hacía mucha gracia que digamos. Pero de pronto la conversación tomó otro giro que le afectaba.

— Ese tío — dijo uno — se larga a Arizona el mes que viene...

— ¡Qué se cree él eso! — le respondió su interlocutor. — ¡Nos va muy bien en el machito para dejar que se viaje así como así!

Entre otros elementos análogos a éstos, que tenían su guarida en otro lugar del barrio chino, la predilección de la Agencia de Turismo por «El bigotes» y su gente había despertado la hostilidad y el odio.

Sobre todo, la presencia del vaquero de Arizona les traía a mal traer.

— Mientras ese hombre esté en el barrio no haremos ni gorda — dijo uno de los descontentos.



¡Ten cuidado, Larry, que esto es en serio!...

— ¡Pues hoy se terminó, vaya! — añadió otro. — Acabo de avisar al «Deditos» y al «Lechuza» para que empiecen los «fuegos artificiales», y se va a armar una ensalada de tiros que a alguno se le va a indigestar.

Y, en efecto, momentos después, empezaban los escarceos precursores a la ruptura de las hostilidades, sonando el primer disparo, como anuncio de la batalla que se avencinaba.

A Larry esto le produjo el natural asombro ya que no había llegado el autobús, es decir, que no había motivo que lo justificase.

— Ha sido uno de la banda del « Pelirrojo » — le dijo « Lentejilla ».

— Pues me parece que han empezado muy temprano. Diles que aguarden a que lleguen los turistas.

A todo esto el combate había ido generalizándose, y Larry, arrastrado por la fuerza de las circunstancias, pero creyendo que era sólo un espectáculo pintoresco, como siempre, tomaba parte en él como el más consumado actor.

« Lentejilla », al darse cuenta de lo ajeno que se hallaba su amigo ante la realidad de lo que ocurría, hubo de decirle piadosamente :

— ¡Ten cuidado, Larry, que esto es en serio y te van a agujerear la piel!

— ¿A mí con otro camelo? — le respondió el bueno del vaquero. — ¡Me engañasteis una vez, pero dos no!

La pelea fué tomando proporciones de verdadera batalla campal, y Larry, entusiasmado por lo bien que salía lo que él creía una comedia, no dejaba de hacer disparos con su revólver, claro que al aire, mereciendo que uno de los combatientes exclamase al verle tan cómicamente belicoso :

— ¡Es un hacha con el « encendedor »!

Como era natural, toda vez que Larry sólo tiraba a no dar, mientras que los demás apuntaban al bulto, no tardó en rodar un hombre por el suelo, mortalmente herido, dando la casualidad de hallarse junto al vaquero el



¡Vaya puntería, compadre!...

agente de policía Lawry, que había acudido al ruido de las detonaciones.

— ¡Vaya puntería, compadre! — dijo el policía a Larry al mismo tiempo que le ponía una mano sobre el hombro como para detenerle.

— ¡Pero si yo no he apuntado a nadie! — exclamó nuestro héroe, sin salir de su asombro.

— ¡Tú no habrás apuntado, pero no hiciste más que darle al gatillo y lo dejaste fiambre! — volvió a decir el policía, añadiendo: — ¡Ahora me explico por qué Arizona está tan despoblado!

Mas Larry, que ya se había dado cuenta de que su interlocutor era una autoridad, salió corriendo hacia las oficinas de la Agencia, teniendo la desgracia de perder en su huída el sombrero, que fué recogido por la policía.

Momentos después los agentes se constituyan en el propio lugar, llevando como prueba de su acusación el sombrero encontrado.

— El dueño de este sombrero — dijeron — es el hombre que andamos buscando.

Pero, como era natural, en la Agencia consiguieron disuadir a la policía de que se hallase allí el invididuo a quien buscaban.

A todo esto a Larry no le llegaba la camisa al cuerpo.

— Mientras éstés en mi casa no tienes que temer a nadie — le dijeron. — ¡Nunca se figurará la policía que estás aquí!

— Sí, pero no voy a permanecer entre estas cuatro paredes siempre — contestó Larry. — Quedan muy pocos días para la carrera y me tendrá que marchar sea como sea.

— ¡Déjate de carreras! — le repuso « Lentejilla », que hasta entonces había sido testigo mudo de la escena. — ¡Como salgas de aquí, sí que vas a correr, pero sin ganas!

— Es que no es una carrera como otra cualquiera, pequeño — arguyó Larry. — ¡Toda mi vida depende de ella! Si no la gano, mi novia tendrá que casarse con un canalla para salvar de las garras de la usura la hacienda de su padre...



— ¡No hay en el mundo mayor placer para mí!...

Convenido, en un principio, que el vaquero permaneciese allí, « Lentejilla » le condujo a sus habitaciones, y cuál no sería la sorpresa de Larry al darse cuenta de que su camarada y amigo era nada menos que todo un padre de familia.

« Lentejilla », temiendo una indiscreción de sus pequeños, hubo de decirles al entrar, como para que no extrañasen al forastero :

— ¡No hay cuidado, chavales!... Este es un amigo que viene a pasar unos días con nosotros... y mutis.

— ¡No sabía que tuvieras hijos! — fueron

las primeras palabras de Larry una vez que se hubo sentado.

Y mientras los mayores charlaban, los pequeños comentaban entre ellos la presencia del desconocido.

— ¡A mí no me la dan! ¡Eso es que los «guiris» le buscan! — añadió uno.

— ¡Vamos a calentar el asa de la cafetera, para ver lo que aguanta ese tipo! — dijo otro.

Y una vez que hubieron realizado su diablura, se acercaron a Larry y le dijeron:

— Oiga, señor... Aquí no hay criados... de modo que si quiere café...

¡Poco que gozaron los chicos al ver a su huésped soltar el asa de la cafetera más que a escape y largar una interjección harto elocuente!

* * *

Obligado a seguir encerrado en casa de su amigo por la sospecha de que era objeto, Larry Cadigan veía, con angustia, acercarse el día de la carrera.

En tales condiciones, cierta mañana recibió la desagradable visita de uno de los compañeros de la banda, quien le saludó con las siguientes palabras, que no eran las del ángel, precisamente.

— No he venido más que a decirte que anoche trincaron a «Lentejilla»... ¡Quince días a la sombra!

Otro compañero del detenido, allí presente, exclamó, sin dar importancia a la noticia:

— ¡Bah!... ¿Una quincena?... «Lentejilla» es capaz de pasársela sin darse cuenta!

Más el portador de la infiusta nueva prosiguió, dirigiéndose a Larry:

— ... y vendrán a por ti también, Larry, de modo que, perdido por perdido, lo mejor que puedes hacer es largarte.

Una vez que hubo quedado solo el vaquero, empezó a pensar no ya en la carrera, sino en algo más que la carrera; en Clara Savery, la hija del propietario del rancho contiguo al de la Q, y como resumen de sus meditaciones escribió sobre el polvo que cubría la luna del espejo de la habitación en que se hallaba:

Rancho de la Q,
hacia el que volaban siempre, pero en aquel instante más que nunca, su pensamiento y su alma.

* * *

Mientras estas cosas ocurrían en aquel rincón inmundo del barrio chino de San Francisco de California, allá, en el rancho de la Q, tocaban a su fin los preparativos para la gran carrera.

El propietario del rancho de la Q era un tal Juan Carey. Pues bien: para este Juan Carey, el resultado del llamado «Derby de Arizona» tenía una importancia capital,

tanta que en un momento de sinceridad decía a uno de sus amigos, al mostrarle el caballo con el que pensaba alcanzar el triunfo :

— Lo compré exclusivamente para ganar la carrera y con ella la posesión del rancho de Savery o la mano de su hija — y añadió, después de unos instantes de silencio : — Sólo ese endemoniado caballo de Cadigan podría tener una probabilidad de ganar, pero como nadie más que Larry puede montarle y éste no da señales de vida, puedo estar tranquilo.

A su vez el coronel Savery, propietario de la hacienda inmediata a la de Juan Carey, tenía puestas todas sus esperanzas en la victoria de Larry, porque ella salvaría a su rancho de las garras de la usura.

El coronel Savery tenía una hija llamada Clara, que era su único amor y la causa principal de su absoluta confianza en la ayuda de Larry.

Juan Carey simultaneaba sus preparativos para la lucha, con sus flirteos, muy indiferentemente acogidos por cierto, con la hija del coronel.

— Clara — le dijo el día en que se los hemos presentado al lector, — se me hacen cada vez más largas las horas que faltan para la carrera... y para que pueda decir a usted todo lo que guarda mi corazón.

— ¿Sabe usted dónde está Larry? — fué la respuesta de la joven.



Si gano la carrera... ¿me darás un beso?...

— Divirtiéndose todo lo que puede en San Francisco en pago de la confianza que ha puesto usted en él — le contestó, con perversa intención, Carey.

Así andando y departiendo, la joven y el ranchero vecino llegaron a la cuadra donde estaba «Lucero», un potro salvaje, veloz y resistente como ninguno de la comarca, que sólo obedecía a la voz y a la mano de Larry Cadigan.

Carey al verle no pudo por menos de decir, con mal disimulada alegría :

— Puesto que a nadie más que a Larry

obedece y Larry no está aquí, es seguro que ganaré con mi caballo.

— ¡Larry vendrá!... ¡Estoy segura! — dijo la joven con firmeza, y como ni la conversación ni la compañía fueran de su agrado, añadió, dirigiéndose a su padre :

— ¡Vámonos, papá!...

Las palabras de Clara Savery, al referirse a la llegada de Larry para tomar parte en la carrera, habían sido algo así como una evocación ; un conjuro, pues aún flotaban en el ambiente y todavía el coronel y su hija no habían abandonado la compañía de su vecino, cuando el vaquero, que aunque se disponía a correr contra Carey, trabajaba en su rancho, hizo acto de presencia, sudoroso y jadeante.

La sorpresa que su llegada produjo fué enorme.

Precipitadamente quiso explicar el por qué de su tardanza.

— Me tenían como secuestrado en San Francisco — dijo, añadiendo, con los ojos clavados en Clara. — Pero antes me dejó hacer pedacitos que dejar de venir. Sólo faltan diez días para preparar a «Lucero», pero corriendo por usted, no puedo perder.

Esta espontaneidad de Larry no le hizo mucha gracia a Juan Carey, harto contrariado con la presencia del vaquero, y en cuanto se quedó a solas con él, exteriorizó su disgusto :

— Si corres por *ella* — le dijo — no puedes



¿Le gustan a usted las tortas de manzana?

trabajar por mí... De modo que sobras en el rancho.

Larry, mirando despectivamente al que ya no era su amo, hubo de contestarle :

— Siempre tuve la idea de que un ranchero que vistiera así no podía tener nobleza deportiva... ¡Y es que... aunque la mona se vista de seda!... ¡Abur! — y se fué, claro que no muy lejos, sino a contar al coronel y a su hija lo que acababa de sucederle.

— ¡Papáito! — exclamó Clara después de oírle. — ¡No vamos a permitir que Larry se marche así como así! ¡Verdad?

El coronel reflexionó unos momentos, al cabo de los cuales dijo :

— Desde hoy en adelante tienes un nuevo amo, Larry.

Nada mejor que aquello podía haberle sucedido al vaquero, que exclamó lleno de gozo :

— ¡No hay en el mundo mayor placer para mí que recibir órdenes de usted, Clara!

* * *

Para satisfacer los deseos de su hija el coronel Savery había ido ensanchando el perímetro de su rancho mucho más allá de lo que permitía su exiguo capital y en aquellos momentos estaba amenazado con perderlo todo.

Pero dejemos al coronel con sus preocupaciones y demos una vuelta por su hacienda.

La cocinera de ésta era la viuda Mac Gel, una buena irlandesa que tenía fama de condimentar excelentes tortas... y de darlas, como podían atestiguar todos los atrevidos que se le habían acercado.

Pues bien ; cuando más ensimismado se hallaba Larry, se le presentó la viuda, la cocinera, para decirle :

— Ahí afuera hay unos pequeñuelos que tienen cara de estar con muchísimo apetito.

— ¿No tiene usted morcillas? — le preguntó Larry.



Estoy seguro que Carey...

— ¡Valiente padre! — exclamó indignada la cocinera. — Mira que alimentar a estos angelitos con morcillas! ¡A usted se la debían de dar!

— En primer lugar, no son hijos míos — dijo Larry, para calmarla un tanto. — Su padre es un viudo que actualmente está... trabajando por cuenta del Gobierno.

En efecto, aquellas criaturas no eran otras que los hijos de «Lentejilla», a quienes no creyendo piadoso dejar abandonados a su suerte, toda vez que su padre se hallaba en la cárcel y él tenía que huir, se los había llevado Larry con él.

Y una vez que hubo instalado lo mejor que pudo a su prole, claro que con la valiosa ayuda de Clara y hasta de la propia viuda Mac Gel, gruñona, pero de un corazón excelente, dedicó unos momentos a charlar con su amena ama, que ya lo era, desde hacía mucho tiempo, de su corazón.

— Dime, Larry... ¿Qué fué lo que te ocurrió en San Francisco?

— ¡Ah!... ¡Pues nada!... ¡Que perdí el sombrero!

— ¿No serfa la cabeza? — le preguntó maliciosamente la joven...

* * *

Los días que siguieron fueron de intenso trabajo para Larry y de cuidadosa preparación para «Lucero», no obstante lo cual aún le quedaba tiempo para dedicársele a su adorada Clara, con la que ya le unía un vínculo de franca reciprocidad amorosa.

— Si gano la carrera... ¿me darás un beso... así, como éste? — preguntó Larry a su novia, uniendo la acción a la palabra.

Pero como en el mundo no hay felicidad completa, una complicación harto desagradable vino a nublar el cielo de aquella dicha naciente, siquiera fuera sólo por unos instantes.

En el rancho de la Q se había presentado un hombre preguntando por un vaquero llamado Cadigan.

Juan Carey, que venía viendo el modo de inutilizar a Larry y que ya tenía indicios de que la policía le buscaba, creyó al pronto que era un agente que iba a por él y se dispuso a facilitarle el logro de sus deseos, y tanto lo creyó, que hubo de preguntarle, al oír de sus labios que buscaba al vaquero.

— Entonces usted es el agente de policía que ha telegrafiado desde San Francisco.

— He dicho que ando buscando a un tal Cadigan... y nada más, — le repuso.

Pero aun hecha esta salvedad, por todo el rancho no tardó en correr la noticia de que se buscaba a Larry, adiconándole el comentario que ello obedecía a que allá, en San Francisco, se había metido en un lío.

Mas un policía auténtico andaba por allí en efecto, y no sólo andaba, sino que hasta logró dar con Larry, que logró esquivar la identificación, escapando de un serio disgusto, al menos de momento, por un verdadero milagro.

Por otra parte, el sujeto que buscaba a Cadigan no era otro que «Lentejilla».

El encuentro entre los dos antiguos camaradas produjo tal alegría en el ánimo del vaquero, que le hizo olvidarse momentáneamente del peligro que corría, pero a pesar de ello, Larry creyó que debía abandonar aquellos lugares y se dispuso a hacerlo no sin antes no haber presentado a «Lentejilla» a Clara y hasta a la cocinera del rancho.

Lo primero que hizo fué prevenir a los chicos de la presencia de su padre.

— ¡Cuidado con la lengua! — les dijo. — Vuestro padre ha venido para «trabajar» como decís vosotros.

Después de esto llevó a «Lentejilla» a presencia de Clara y dijo a ésta :

— Clara... He aquí al padre de los tres pequeñuelos.

— Sí, señorita — añadió el presentado. — Su padre y... casi su madre. Para ser un héroe la estatura es lo de menos. Desde David hasta Napoleón todos los grandes hombres somos pequeños.

— Señora Mac Gel — añadió después Larry. — Permítame que le presente al señor «Lentejilla», también viudo y con los tres únicos «inconvenientes» que ya conoce usted.

— ¿Le gustan a usted las tortas de manzana? — preguntó la cocinera a «Lentejilla».

— ¡Las tortas son mi debilidad! En San Francisco no vivía de otra cosa — repuso el forastero.

Cumplidos estos requisitos, Larry se sintió más tranquilo; tanto, que de su pensamiento huyó la idea de irse. Por el contrario, cada vez se sentía con mayores ánimos para ganar la carrera.

— Estoy seguro de que Carey hará todo lo posible para impedir que yo corra... ¡Pero a despecho suyo, ganaré! — decía al coronel.

— Ya sé, muchacho, que pondrás de tu parte todo lo que puedas.

En tanto «Lentejilla» había sentado sus reales en la cocina y no dejaba de observar a la viuda Mac Gel.

— ¿Qué pena es esa, señora? — le dijo al verla con los ojos llorosos. — ¿Acaso el recuerdo del difunto?

— ¡Ay, ¡Sí! — le respondió la viuda. — Siempre que frío cebolla me acuerdo del pobrecito y... ya ve usted!

* * *

A todo esto había llegado el momento solemne de que Larry plantease al coronel Savery la cuestión de confianza... de pedirle la mano de su hija. El primer paso para esta solemnidad corrió a cargo de Clara.

— ¡Papaito! — dijo al autor de sus días — Me parece que Larry tiene algo que decirte...

Y Larry tomó la palabra.

— Señor Savery... Yo... es decir... Clara... En fin, como la carrera es mañana y voy a ganarla, me gustaría que al día siguiente se celebrara con una boda...

Pero no pudo terminar. La fatalidad volvió a llamar a la puerta de Lawry...

El que llamaba, en efecto, a la puerta de la hacienda, dijo, tan pronto le fué franqueada la entrada :

— Soy el agente Larry, de San Francisco,

y el hombre que me interesa es un tal Larry Cadigan — y añadió dirigiéndose al coronel Savery : — Su vecino Carey me ha dicho que ya habían venido a detenerle.

— Sí — dijo Larry, acercándose al grupo en aquel momento. — Pero se convenció de que no era yo el hombre que buscaba.

— La verdad es que no tiene usted cara de atracador ni de matón de oficio — repuso el agente persuadido de que aquel no era Larry Cadigan.

Y Larry se alejó de allí, no muy tranquilo que digamos, dejando al policía con el coronel.

— Y ahora que me acuerdo, ¿dónde está ese otro policía de que me ha hablado Carey? — preguntó el agente Lawry a Savery.

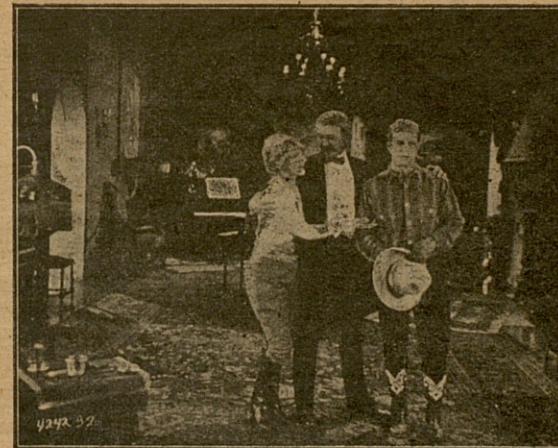
— Se volvió a San Francisco — le repuso el coronel, añadiendo : — Precisamente su compafiero está ahora en la cocina.

Es de advertir que el coronel desconocía la verdadera personalidad de su huésped al que, en efecto, suponía un agente, compañero del otro, que tampoco lo era y que, como había dicho, se había ido a San Francisco.

Todo ello había sido una añagaza de los antiguos camaradas de Larry, primero, para llegar hasta él, y después para frustrar los planes de Juan Carey, que conocían.

Pero volvamos al coronel y al agente, a quienes dejamos camino de la cocina.

En cuanto llegaron a ella el policía no pudo por menos de exclamar :



¡Papaíto! — dijo al autor de sus días...

— ¡Hombre, «Lentejilla» disfrazado de Búffalo Bill y haciéndole el amor a la Mari-tornes!

— ¡Oiga usted, don Fachada — repuso la aludida. — Que yo no me llamo Mary Tornes!

— ¡Cállese usted, que ése es uno de la secreta — le dijo «Lentejilla». — Le conozco hasta por los pies.

— ¡Bueno, basta de conversación! — añadió el agente dirigiéndose a la cocinera. — ¡Dígale adiós a su Romeo, que me lo llevo!

Y «Lentejilla» aprovechó un descuido

para prevenir a Larry, que no le hizo gran caso, del peligro que corría.

* * *

En tales condiciones llegó el día siguiente, que era el de la carrera.

Todo estaba dispuesto para dar comienzo a la prueba y Juan Carey no encontraba medio de impedir que corriese Larry. Para lograrlo recurrió en última instancia al Sheriff.

— Oiga usted — le dijo. — Este hombre anda perseguido por la policía. No debe dejarle correr porque está fuera de la ley.

— ¿Supongo que no va usted a impedirme que corra porque él diga eso? — adujo Larry en su defensa.

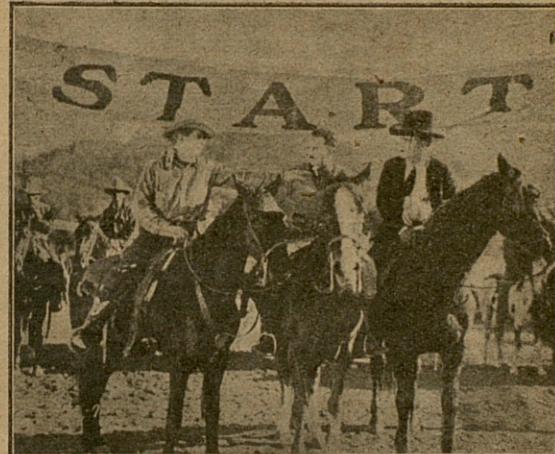
— Larry tiene toda la razón — dijo el Sheriff. — Aunque lo que usted afirma, señor Carey, fuera cierto, nada puedo hacer sin una orden de detención.

— ¡A correr, muchacho! — exclamaban ya una y mil voces.

La carrera iba a empezar, cuando llegó un telegrama de San Francisco para el Sheriff.

El telegrama decía así :

« Descubiertos autores y aclarado misterio reciente asesinato barrio chino ; puede suspenderse definitivamente captura vaquero inocente. — JEFE POLICIA. »



¿Supongo que no irá usted a impedir que corra?...

Y Larry pudo correr completamente tranquilo, alcanzando el triunfo que suponía la fortuna para el padre de Clara y la felicidad para ésta y para él.

FIN

1 0 0 0

DIRECCIONES DE ARTISTAS --- CINEMATOGRÁFICOS

Conocedores de la utilidad
que ha de tener un libro con
las direcciones de los princi-
pales artistas de la pantalla
y casas productoras, nos
hemos decidido a publicar
el tomo que ofrecemos
a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro
UNA PESETA